

LECTURAS DESDE LA LECTURA

Por: *Gustavo Campo Menco*¹

I

El contraluz de la ventana convierte a la niña en una silueta que lee un libro y que, en el silencio del salón, entona con voz de quien conoce una historia y la repite de memoria. Aun así, sus frases crean imágenes y hace que los demás la observen y la escuchen narrar. Su público es un grupo de jóvenes entre los 10 y 18 años, y ella es menor que todos. Son más de quince pares de ojos que buscan algo o a alguien y se esconden de algo o de alguien. Ella lee: “Cuando mi padre se marchó, los dueños de la casa grande contrataron a otro guarda y, claro, quisieron que viviera en nuestra casita, así que mi madre tuvo que marcharse. Solo tenía diecisiete años y nada de dinero, ni sabía cómo iba a poder cuidar de mí, así que ella y yo nos fuimos a casa de mi abuela.” Y el relato describe la casa de la abuela y su arroz con leche y canela. Leen “El lugar más bonito del mundo”, de Ann Cameron. Es la historia de Juan, un niño de siete años que vive en Guatemala. Abandonado por su madre y acogido por su abuela, Juan aprende a trabajar como lustrabotas, pero quiere hacer más cosas, quiere estudiar. La abuela, orgullosa de Juan, le muestra lo que para ella es el lugar más bonito del mundo.

Después de la lectura queda una pregunta entre comentarios: ¿Qué pasaba en la vida de mi mamá y de mi papá cuando nací?

Así acaba una sesión más del proyecto “Lectura conceptual para adolescentes y jóvenes víctimas del conflicto armado en El Chocó”, coordinado por Sandra Cuesta Rivas, integrante de la Red Departamental de Mujeres, miembro de la Cruz Roja Colombiana Seccional Choco y egresada del Diplomado Líderes para la Paz. Emprendimiento, Arte y Reconciliación, de la Corp-Oraloteca, en la Universidad Tecnológica del Chocó.

“La idea nace porque en El Chocó estamos viviendo una ola muy fuerte de violencia, entonces tuve a bien que los chicos de diferentes barrios de Quibdó, que vienen de diferentes municipios del departamento, pudieran a través de la lectura, darse cuenta de todas esas

¹ Gustavo Campo Menco

Docente de la Universidad Tecnológica del Chocó “Diego Luis Córdoba”, en el Diplomado Líderes para la Paz. Emprendimiento, Arte y Reconciliación, de la Corp-Oraloteca y en la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Facultad Ciencias de la Educación.

Promotor de lectura en la Corporación Educativa y Cultural Motete. Creador del Club de lectura de narrativa de crímenes “Detectives sin placa” en Ciudadela Mía (Quibdó).

Magíster en Escrituras Creativas. (Universidad Nacional de Colombia, Bogotá), Comunicador Social y Periodista. (Universidad del Norte, Barranquilla), Estudios en Dramaturgia y Guion para Cine y TV (Escuela de Cine Black María, Bogotá).

diferentes dificultades que pueden pasar. Yo soy de la Cruz Roja desde los 9 años y con el proyecto trabajamos actividades de lectura con jóvenes en El Reposo 1, 2 y 3. Entonces vimos que esos jóvenes podían recibir formación en primeros auxilios con la Cruz Roja.

En nuestra actividad también hemos tenido que afrontar situaciones de violencia. Un día estábamos en la lectura y un joven que no conocíamos llegó y amenazó a otro que estaba en la actividad. El asunto fue porque el que amenazaron iba al barrio del otro a visitar a una joven. El que llegó le dijo que si volvía por allá, que ya sabía lo que le iba a pasar, y se fue. Fue bastante fuerte. Uno sabe lo que sucede en estos casos y cómo puede terminar el asunto. Después de un rato, el joven regresó y delante de todos se disculpó. Fue algo que nos tomó por sorpresa. Dijo que si al otro joven le pasaba algo, que no lo culparan a él, porque a él también le iba a ir mal. Es lo que pasa con lo que llaman las “fronteras invisibles”. Lo que hicimos fue llamarlos aparte y hablarles. Tratamos de sensibilizarlos con la problemática en la que están. Ellos son muy jóvenes y ya han tenido que lidiar con cosas así. Nuestro objetivo es continuar trabajando con estos jóvenes y que a través de ellos puedan llegar más, y que los que ahora están, ayuden a formar a los que vienen.

II

Llega en una buseta de la ruta Caraño – Piñal, cargando un morral. Entra a un callejón de edificios y pasa junto a un grupo de niños. Uno de ellos abraza un balón y el resto intenta convencerlo de que se los preste. Del grupo, uno de los niños la ve, abre más los ojos y le grita: ¡Seño! Es más pequeño que los otros y por eso parece que toma más aire para gritar otra vez. Ella le devuelve el saludo: ¡Estiwar! ¡Vení que hoy vamos a leer! El niño la sigue y mira el maletín. Los demás hacen lo mismo y parece que han olvidado el balón y a su dueño, que ahora los mira indeciso entre irse con su balón o seguirlos. Así inicia una sesión de las actividades de Angeli Arriaga Caicedo en el barrio Ciudadela Mía, de Quibdó, coordinadas por la Corporación Educativa y Cultural Motete.

Con “Motete Itinerante”, por ejemplo, llego al bloque A-10 y voy desde el primer piso hasta el quinto y hago el “puerta a puerta” para “La hora del cuento”. Allí hablo con los papás de los niños, les explico de qué se trata la lectura y leemos con los niños un cuento queelijamos entre todos. Nosotros llevamos diez libros, los reparto entre los niños, hago que los intercambien, les digo que toquen las hojas, que las huelan, que vean los dibujos, para que haya un contacto entre ellos y los libros. Después de ese proceso elegimos un cuento por votación de todos y lo leemos. Lo leo en voz alta porque muchos de los niños no saben leer y después hacemos preguntas relacionadas con la historia leída.

Otra actividad es el “Club de lectura”. Aquí es un poco diferente. Es un proceso más de formación para que los niños se acerquen más a la lectura. Hacemos juegos antes de iniciar la lectura, y con el libro que llevamos para leer, hacemos una actividad relacionada con la historia leída y también tenemos préstamos de libros para que ellos puedan seguir la lectura

en sus casas. Cuando leímos la historia de Celia Cruz, hicieron una autobiografía. En otra ocasión leímos un libro que se llama “Me llamo Yoon”, que cuenta la historia de un niño que vive en Corea y lo llevan a vivir a otro país. Lo hicimos porque muchos de ellos vienen de corregimientos y llegaron a Ciudadela Mía. La actividad apuntó a asumir cómo ha sido la aceptación de ellos allá, entre todos, verse en otra parte diferente al barrio o corregimiento donde ellos vivían, entonces dibujamos, pintamos, escribimos.

Uno aprende demasiado de los niños. Lo primero es la aceptación. Al principio casi no les gustaba. Pero ir constantemente, y muchos de ellos que eran distantes, al ver que hacíamos la lectura con algunos niños, empezó a interesarles, hacían preguntas sobre la historia leída, ¿seño, y por qué eso, y esto, y esto otro? Hasta que llegó el momento en que cambiamos de actividad y ellos nos preguntaban, ¿seño, y por qué no trajo los libros?

III

Se acomodan en el muro de la entrada del edificio. Escuchan leer y se observan. Son cinco, dos hombres y tres mujeres. Se hacen gestos adolescentes. Cae la tarde y un nubarrón deja escapar fogonazos de sol sobre la selva que empieza detrás de los bloques. Escuchan, se observan, se hacen gestos. La lectura va en:

“—Como yo siempre fui tan malo, varias personas me han preguntado si yo de verdad quería imitar a Higuita y hacer una broma, o si fue que metí el gol de maldad porque hice un arreglo por aparte. Yo les pregunto a todos: ¿arreglo con quién? ¿Quién me iba a pagar a mí por meter ese gol, si todo el mundo quería que el otro equipo pasara a la final? En nuestro barrio cuando la gente se pone de acuerdo para que sea verde, no puede ser rojo porque enseguida vienen los problemas. Si no hubiera sido tan malo, la gente me hubiera creído.

El Chifis cuenta que, después del calor del momento de la eliminación, los jugadores del otro equipo lo perdonaron. Todos, menos el Picao, que desde esa misma noche se convirtió en una pesadilla.”

Ahora son seis y la primera le dice al sexto que eso es una crónica de un gol que contó un muerto y que la escribió Alberto Salcedo. La lectura continúa y ahora son cuatro, porque el quinto y el sexto tienen entrenamiento de fútbol y ese día no sabrán en qué acabó la crónica “El gol que contó un muerto”, de Alberto Salcedo Ramos. Quizá después.

Es una sesión más del Club de lectura de narrativa de crímenes “Detectives sin placa”, en el barrio Ciudadela Mía, de Quibdó. Sus integrantes son jóvenes con edades entre los 12 y 17 años. Han visto la muerte, de lejos o cerca, pero la han visto.

Me gusta leer género policiaco, novelas, cuentos, relatos, crónicas, reportajes. También lo escribo. Pero esa es otra historia. Me gusta leerle género policiaco a la gente. Llegué a Quibdó

en enero y a finales de marzo busqué un espacio de animación a lectura. Encontré Motete y le conté eso a Velia Vidal. Me dijo que en Ciudadela Mía, hacían un trabajo de lecturas con niños y que había unos jóvenes que podían recibir la actividad por su condición de riesgo. Fui a conocer Ciudadela Mía y allá me contaron que en esos días la policía había detenido a una joven en un bus, en la ruta Caraño – Piñal, porque llevaba armas escondidas bajo la blusa. Preguntas inmediatas, respuestas obvias y el asunto se puso serio. Busqué el suceso en medios oficiales, pero no encontré ni una frase. La búsqueda, por inercia, echó hacia atrás en el tiempo y en una edición del semanario Chocó 7 días, la 1105, de febrero 24 a marzo 2 de 2017, encontré en la página 9, un recuadro con esta noticia:

“Siguen fugitivos cuatro adolescentes

El 8 de febrero, cuatro adolescentes protagonizaron desórdenes e incendiaron los cuartos donde se encontraban reclusos en el hogar de paso ubicado en el barrio Huapango de Quibdó.

Luego se fugaron y no ha sido posible su recaptura, por parte de las autoridades policiales.

De acuerdo a labores de inteligencia se conoce que algunos son utilizados en labores del microtráfico.”

Nada directamente relacionado con el caso de la joven armada, pero era con adolescentes implicados en un caso grave de crimen organizado.

Empecé el taller de lectura una tarde a mediados de abril. Leímos el primer capítulo de la novela “Los jóvenes detectives de la Torre. El caso de la Mafia Robaperros”, de Francisco Leal Quevedo, un escritor de Ibagué que cuenta la historia de dos jóvenes que investigan la desaparición de los perros de la torre donde viven, hasta que su perro también desaparece.

Tuvimos un par de sesiones más del taller y un día encontré en Chocó 7 días, una noticia publicada en la edición 1113, de abril 28 a mayo 4 de 2017. En un recuadro de la página 5:

“Dos menores del ELN se desmovilizaron

Rosmira’, una niña de 13 años, y ‘Juan’, un joven de 16 años, solicitaron atención médica en el centro de salud de Pizarro, municipio de Bajo Baudó. El médico comprobó que estas heridas habían sido producidas por esquirlas de granadas. Los menores manifestaron que pertenecían al Frente Resistencia Cimarrón del ELN, que se desmovilizaban. ‘Juan’ es integrante de la comunidad indígena Nucidó y dijo que había sido reclutado por el ELN hace más de dos años. ‘Rosmira’, de la comunidad indígena Moamia, fue obligada a delinquir como guerrillera rasa desde hace tres años.”

La noticia muestra dos imágenes. Los capturados están de espaldas a la cámara y custodiados por dos agentes de policía. Segundo caso reportado en el año y con una coincidencia: menores. Después vino el paro y todo paró. Y suspendieron el paro y todo volvió y las sesiones continuaron. También hubo otro reporte de caso con las mismas coincidencias, publicado en Chocó 7 días, en la edición 1125, de julio 21 a 27 de 2017, también en un recuadro de la página 5, dice:

“Aprehendidos dos menores que tenían un revólver

El 18 de julio, en el barrio Roma de Quibdó, fueron aprehendidos dos menores de edad, un hombre y una mujer, que portaban un revólver calibre 38, marca Llama Martial, con seis cartuchos, número interno borrado, sin permiso para porte o tenencia. Los hechos se registraron en la calle 27 con carrera 1.”

La noticia muestra una imagen de los capturados. También están de espaldas a la cámara.

Tres noticias con un elemento en común, menores implicados en delitos contra la seguridad pública, concierto para delinquir, terrorismo, amenazas, instigación, delitos de peligro común con capacidad de ocasionar perjuicios graves a la comunidad, y todo ello en circunstancias agravadas, por ser menores de edad. Pero eso es lo que dice el Código Penal en Colombia. ¿Qué dicen los padres de estos menores? ¿Y qué dicen ellos, los menores?

Buscando respuestas encontré historias en donde el final tenía una constante, la muerte, y una característica, muerte violenta. Esta forma parte de la cultura de la humanidad. Cada sociedad idolatra a sus mártires y a sus guerreros con monumentos y nombres de calles. Textos literarios tan antiguos, como el Antiguo Testamento, la Epopeya de Gilgamesh, la Ilíada, entre otros, narran combates y hazañas guerreras. Con seguridad, esto ocasionó que historiadores asociaran la violencia a la cultura y con ello argumentaran que en la época en que los humanos subsistieron como bandas dispersas de cazadores-recolectores, podía hablarse de violencia entre individuos, basados también en la evidencia de que chimpancés organizan dominaciones violentas contra otros grupos. Parece que la guerra como organización de la violencia, es tan antigua como nuestra especie, antes de que existiesen territorios y propiedades para defender, hubo conflictos.

Jorge Salgado Vélez, coordinador del Semanario Chocó 7 días, opina que la muerte atrae. Tanto noticias de muerte violenta, como aniversarios de fallecimiento. Dice que si una persona, entre sus compras comunes, decide pagar el precio de una edición de Chocó 7 días, el interés se inclina más por el contacto con la muerte. Hay una columna que solo cambia con el número de las víctimas, algunas veces es dos, otras veces es tres, o más, pero el tema siempre es el mismo, homicidio agravado. Lo otro son los aniversarios de muerte. La gente los lee para recordar a personas conocidas y saber en dónde será la misa. Atrae menos, pero atrae.

Que la muerte genere atracción es discutible socialmente, analizable académicamente. Lo abominable es su naturalización en una sociedad herida. Cuando una persona conversa en un lugar común y opina que si a una ametralladora Mini Ingram, calibre 9 milímetros corto, se le lima el mecanismo de disparo, dispara una ráfaga sin cadencia, o sea: ¡Rrrraaaaaasss!, y no, ¡Tatatata!, y luego amplía detalles del resultado y argumenta sobre causas y efectos del procedimiento, ¿a qué eslabón de la evolución humana corresponde este uso de herramientas? Creemos que la lectura transforma, cuestiona, construye, evoluciona. Por ello, en las sesiones del Club de lectura de narrativa de crímenes, el tema es: ver, escuchar, entender, comprender, a la muerte en todas sus formas, y que muchas de ellas, se queden en las páginas.